

carse dignamente. «Si los mundanos os preguntan por qué «comulgais con frecuencia, dice S. Francisco de Sales en su admirable libro de la introducción á la vida devota, decidles que «es para aprender á amar á Dios, para purificaros de vuestras «imperfecciones, para libraros de vuestras miserias, para consolaros en vuestras aflicciones, para adquirir fuerzas contra «vuestras flaquezas. Decidles que dos especies de gentes deben «comulgar á menudo: los perfectos, porque estando bien dispuestos harían un gran mal en no acercarse á la fuente de la perfección y de la santidad; y los imperfectos, á fin de corregirse para llegar á ser perfectos. Los fuertes para no enflaquecerse, y los flacos para llegar á ser fuertes. Los enfermos para curarse, y los sanos para no caer enfermos; y que por lo que hace á vosotros, como os considerais imperfectos, flacos y enfermos, necesitáis comunicar á menudo con aquel que es vuestra perfección, vuestra fortaleza y vuestro médico. Decidles que las gentes del mundo, que no tienen muchos negocios, «deben comulgar con frecuencia porque tienen comodidad para «ello; y los que están cargados de negocios no deben hacerlo «con menos frecuencia porque tienen necesidad de mayores auxilios, y que el que trabaja mucho y se fatiga mucho, debe «también comer viandas sólidas y comer á menudo. Decidles que «comulgais muchas veces para aprender á comulgar bien, porque apenas se hace bien lo que se hace pocas veces.» Seguid este sabio consejo. Comulgad con frecuencia siguiendo el parecer de vuestro director; y procurad que cada comunión sea una preparación para la comunión siguiente.

2 No es posible, dice el Sabio, llevar fuego en el seno y no abrasarse. El amor divino ha encendido, por decirlo así, sobre nuestros altares un gran brasero en la adorable Eucaristía, y acercándose á este fuego sagrado es como los santos se han abrasado en un amor ardentísimo y ternísimo á Jesucristo. Acercaos, pues, á él cuantas veces os lo aconsejare vuestro director, y vivid tan santamente que podais acercaros con frecuencia. No dejéis nunca de prepararos para la comunión desde la víspera. Todos los libros de piedad están llenos de prácticas santas para la comunión; adoptad una constante. Pero siempre es la más útil la que sugiere el corazón, y en la que él tiene más parte. Emplead todo el día de la comunión ó en prepararos para ella, ó en dar gracias. No dejéis de asistir, si es posible, á los divinos oficios, y pasad una media hora á la tarde delante del Santísimo Sacramento.

DIA DE LA OCTAVA

DE LA

FESTIVIDAD DEL SANTISIMO SACRAMENTO,

Ó DEL CORPUS.

Las fiestas solemnes de la Iglesia tienen su octava, esto es, su solemnidad dura ocho días, en cada uno de los cuales se celebra siempre la misma fiesta. El día octavo es tan célebre como el primero. La Iglesia ha tomado esta regla del antiguo Testamento. Mandando el Señor á Moisés que haga celebrar la fiesta llamada de los Tabernáculos ó de las Tiendas con mucho aparato y solemnidad, le dice: El primer día será celebrísimo y santísimo, y el octavo no cederá al primero en celebridad, en devoción y en culto; y S. Juan llama á este último día el gran día de la fiesta. (Joan. 7.) Este es el espíritu de la Iglesia celebrando la festividad de este día, que es el último de la octava de la fiesta de Dios; renovando en algún modo en él la solemnidad del primer día de la fiesta. Llámase vulgarmente este día el de la fiesta menor de Dios, porque se deja en libertad al pueblo de que trabaje, no obstante que en algunos parajes se guarda. Como en este último día termina toda la solemnidad del triunfo de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, la Iglesia exhorta á todos sus hijos á que redoblen su fervor, su culto y su devoción haciendo llevar en triunfo á Jesucristo en las procesiones particulares que hoy se hacen en los pueblos.

Ninguna fiesta, en verdad, deben celebrar los fieles con más empeño, más zelo y más devoción que esta. Su objeto es Jesucristo en la adorable Eucaristía; el motivo de reconocimiento es el amor inmenso que en ella nos testifica; el motivo de justicia son los ultrajes sacrílegos que le hacen los herejes en este estado humilde en que su amor le ha puesto, y las frecuentes profanaciones de los malos cristianos: los bienes infinitos que hallamos en este tesoro inagotable de las gracias y de las misericordias del Señor deben escitar nuestro zelo, reanimar nuestra fe y abrasar nuestro corazón con el fuego del divino amor. ¿Ignoramos todo lo que contiene, todo lo que nos dice, todo lo que nos arguye este divino misterio? ¿Podía darnos Jesucristo una prueba más sensible ni una prenda más brillante del exceso de su amor? ¿Hu-

biésemos exigido jamás de su amor excesivo á nosotros una maravilla tan incomprendible? pero ¿hemos olvidado todo lo que ha sufrido de los malos cristianos y del furor impío de los herejes en este misterio de amor?

Este es el mas grande de todos los milagros de Jesucristo, dice Sto. Tomás: el milagro de su amor á nosotros, dice S. Cirilo. Si alguna cosa pudiera alterar mi fe sobre este misterio, dice un gran siervo de Dios, no seria ciertamente del poder infinito que Dios ostenta en él de lo que yo dudaria, mas bien seria del amor extremo que en él nos testifica. ¿Como lo que es pan se convierte en carne sin dejar de aparecer pan? ¿como el cuerpo de un hombre se halla á un mismo tiempo en muchos lugares? ¿como puede estar encerrado en un espacio cuasi indivisible? á todo esto no tengo mas que responder que Dios todo lo puede. Pero si se me pregunta cómo puede componerse que Dios ame á una criatura tan flaca, tan imperfecta, tan ingrata, tan miserable como el hombre, y que le ame con pasion, con trasporte; que tenga por este hombre solicitudes que un hombre aun no tendria por otro hombre, confieso que no tengo respuesta alguna que dar, y que es una verdad que sobrepúja á todo entendimiento criado. Esto es lo que ha hecho decir á S. Bernardo que el sacramento del Altar es el amor de los amores, esto es, el efecto del mas grande de todos los amores. ¿Quién no quedará trasportado de admiracion, esclama S. Cirilo, considerando que este pan mudado no en apariencia sino realmente, no en figura sino en su naturaleza, se hace por la omnipotencia de Dios la propia carne de Jesucristo? El que come esta carne, dice S. Cirilo, y bebe esta sangre, se hace un mismo cuerpo y una misma sangre con Jesucristo. ¡Qué gloria para los cristianos y qué amor de Dios! continua este Padre; por la participacion de los divinos misterios venis á ser una misma carne, por decirlo así, y una misma sangre con Jesucristo. Me atrevo á decir, dice S. Agustin, que aunque el poder de Dios es infinito, no ha podido darnos nada mas grande; aunque su sabiduria es ilustradísima, no ha sabido hallar un medio mas excelente de hacernos bien; y aunque sus riquezas son inmensas, no ha tenido con que hacernos un presente mas magnifico. ¿Seria esto así, si como se atreven á sostener los protestantes, la Eucaristia no fuese mas que la figura del cuerpo y de la sangre de Jesucristo y no la realidad? Esta es la reflexion que hace el santo Doctor: Diciendo Jesucristo, dice él, el que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él, demuestra con toda claridad que no habla de comer su cuerpo y beber su sangre en signo ó en figura, sino verdadera y realmente. Así es, dice en otra parte

el mismo santo Doctor, que nadie come esta carne sin que antes la haya adorado, y no solamente no se peca adorándola, sino que seria un pecado el no adorarla. Porque al fin, la carne que el Salvador nos da á comer en la Eucaristia, es la misma que tenia viviendo visiblemente entre nosotros. ¿En qué consistió, pues, prosigue aun hablando el mismo Padre, en qué consistió que habiendo dicho Jesucristo que su carne es verdaderamente un alimento, y que si no se come su carne, si no se bebe su sangre no se obtendrá la vida, se escandalizaron muchos de sus discípulos y dijeron: *Duro es este discurso; quién es el que puede oirlo con serenidad?* Esto consistió, dice S. Agustin, en que ellos entendieron lo que el Salvador les decia de un modo enteramente carnal y en mal sentido. Creyeron ellos que trataba de darles su carne a pedazos, y que queria que la comiesen como se comeria un cadáver. Desde entonces muchos de sus discípulos se retiraron y no le siguieron mas. Si Jesucristo no hubiese querido hablar mas que de la figura de su cuerpo y de su sangre en la Eucaristia, ¿hubiera dejado de explicar su pensamiento á aquella multitud de discípulos á quienes la suncion de su carne habia chocado tanto? ¿Hubiera dejado perder tantas gentes que le habian seguido hasta entonces, por no decirles que esta suncion de su carne no era mas que en figura; que lo que les escandalizaba no era mas que una manera de hablar alegórica; que este pan vivo de que les acababa de hablar no era, en su modo de sentir, mas que la figura de su cuerpo vivo; y que así como no se habian escandalizado cuando le habian oido decir que él era la verdadera vida, tampoco debian ofenderse cuando decia que su carne era verdaderamente un alimento que les habia de dar á comer? El Salvador, que tanto interés tenia por la salud de aquellos que le seguian, no les desengaña acerca de la realidad y de la verdad que les escandaliza. Se contenta con reprender su modo de concebir grosero y carnal, diciéndoles: Vosotros creéis que yo os hablo de comer mi carne como se comen las demás viandas; no, mi carne debe ser alimento de vuestras almas y no de vuestros cuerpos. Aun cuando deba dárselos verdaderamente, será sin embargo de un modo enteramente milagroso; y no aprovechará sino á aquellos que tuvieren una fe viva y un corazon puro. Este milagro solo mi omnipotencia puede obrarlo. Para creer esta maravilla es menester la fe; y *hay entre vosotros*, dice á sus discípulos, *quienes no creen. Muchos de sus discípulos se retiraron.* Esta desercion hasta de los discípulos, despues de la explicacion que Jesucristo acababa de darles, es ciertamente, como ya se ha dicho, una prueba evidente de que ellos siempre tomaron sus pa-

labras por una promesa de darles realmente su cuerpo á comer y su sangre á beber. Si todas estas cosas, en orden á este misterio, no hubieran debido suceder mas que en figura; la bondad y aun la justicia del Salvador, dicen los Padres, exigian que les desengañase, puesto que su error y su crimen solo hubiera estado en tomar las palabras de su Maestro en el sentido que naturalmente debian tener. Por lo demás, los discípulos de que aquí se habla no eran del número de los setenta y dos. Aun no los habia escogido Jesucristo.

La participación del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en la Eucaristía, dice S. Basilio, es necesaria para alcanzar la vida eterna. No hay verdad de fe mejor establecida, ninguna mas claramente explicada por la fe unánime de todos los siglos, que la de la realidad del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

Los herejes, dice S. Ignacio mártir, que vivia en el siglo I, y que ha sido uno de los principales discípulos de los apóstoles, y particularmente de S. Juan; *los herejes*, dice, *se abstienen de la Eucaristía, porque no quieren confesar que sea la propia carne de nuestro Salvador Jesucristo la misma que ha padecido por nuestros pecados, y que Dios ha resucitado; y negando este don de Dios, tienen la desgracia de morir en su obstinacion.* Exhortando en seguida á los fieles á que no falten nunca á la asamblea, esto es, á la iglesia los días de comunión: Acordaos, les dice, que el pan divino que coméis es el remedio eficaz para conseguir la inmortalidad, y el soberano antídoto que preservando al alma de todo lo que puede darla muerte la conserva la vida.

San Justino, uno de los mártires mas ilustres del siglo II, en su célebre apología en favor de los cristianos, refiere todo lo que se practicaba en la celebracion de nuestros sagrados misterios y en la comunión: Por lo demás, dice, este divino alimento, que nosotros llamamos Eucaristía, no se da sino á aquellos que creen verdaderamente que está aquí el cuerpo y la sangre de Jesucristo, y que se han preparado para ella lavándose en el baño de la penitencia: porque solo á los que viven la vida de la gracia, es á quienes Jesucristo se da á comer; por esto no le recibimos como un pan ordinario, sino que, así como por la omnipotencia de Dios el Hijo de Dios se ha hecho hombre, y ha tomado un cuerpo como el nuestro por nuestro amor, así tambien sabemos que por la misma omnipotencia de Dios, este cuerpo y esta sangre del Hijo de Dios hecho hombre se hace nuestro sagrado alimento. Sabemos por los mismos apóstoles que habiendo dicho Jesucristo: Esto es

mi cuerpo, esto es mi sangre, y habiéndoselo dado á comer y á beber, les mandó que hiciesen lo mismo en memoria de él.

San Ireneo, obispo de Leon, tan célebre en el siglo III, escribiendo contra las herejías: Despues que Jesucristo, dice, habiendo tomado el pan comun, y habiéndole consagrado, ha asegurado que era su verdadero cuerpo, como la Iglesia lo ha recibido de los mismos apóstoles; ¿cómo los herejes, que niegan la divinidad del Verbo, podrán creer la realidad de la Eucaristía, esto es, que ha sido consagrada? Por lo que hace á nosotros que creemos firmemente la divinidad de Jesucristo, creemos tambien firmemente el misterio adorable de la Eucaristía; lo que vale tanto como si este gran Santo dijese: No puede creerse la divinidad de Jesucristo, sin que se crea la realidad del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía: y negar la realidad del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en la adorable Eucaristía, es negar la divinidad de Jesucristo.

Y pues que el Verbo dice: Esto es mi cuerpo, persuadámonos de la verdad de estas palabras, dice S. Juan Crisóstomo que florecia en el siglo IV de la Iglesia, y á quien los papas llaman el Agustín de los griegos. Creamos y miremos á Jesucristo con los ojos de la fe en este sacramento. Jesucristo está realmente en este adorable misterio; pero invisiblemente bajo de las especies visibles. Este divino Salvador se acomoda á nuestra naturaleza. Si no tuviésemos cuerpo, nada habria corporal en los dones que Dios nos hace; mas porque nuestra alma está unida á un cuerpo, Jesucristo se nos ha dado invisiblemente, pero bajo de apariencias visibles y sensibles. Cuántos hay que dicen: Yo quisiera ver á nuestro Señor revestido con el mismo cuerpo en que vivió sobre la tierra; quedaria yo encantado al ver su rostro, sus vestidos y hasta su calzado: Y yo os digo, responde este gran Santo, que el mismo realmente es el que tocáis y poseéis: deseariais ver sus vestidos, y es á él mismo á quien tenéis: no solo os permite que le toqueis, sino tambien que le recibais dentro de vosotros, que le comais.

San Ambrosio, S. Agustín, S. Jerónimo, que en el siglo V eran las luces y los oráculos del mundo cristiano, hablan del Santísimo Sacramento del altar, como lo habia hecho siempre la Iglesia en los siglos precedentes, y como lo hace todavía en el presente; y seria nunca acabar si hubiera de referirse todo lo que confunde, y hace tan lastimosa la impiedad y la ceguera de los herejes de estos últimos tiempos. ¿Qué sentimientos de lástima y de compasion no deben causarnos aquellos que imitando á los falsos discípulos de Jesucristo que se retiraron, dicen como ellos:

Duro es este modo de hablar; quién hay que pueda tolerarlo? Por lo que hace á vosotros, fieles verdaderos, dice S. Juan Crisóstomo, responded como S. Pedro: ¿A quién iremos? Vos tenéis palabras de vida eterna. Creed la palabra de Jesucristo; considerad cuanto os honra el ser admitidos á la mesa del Hijo de Dios. No haya para nosotros otro sentimiento en esta vida, dice el mismo Santo, que el estar privados de este divino alimento, de estos manjares deliciosos.

La misa de este dia es la misma que la del primer dia de la fiesta. *Les ha alimentado con la flor del trigo, y les ha hartado con la miel de la piedra.* ¡Qué pastor, esclaman aquí los Padres, ha mantenido jamás á sus ovejas con su propia carne! Esta es la flor del trigo, pero del trigo de los elegidos. ¡Qué dulzuras no gustan en este banquete las almas puras! Jamás fué tan dulce la miel en la boca, como lo es Jesucristo para un corazón puro. Al salir de esta divina mesa, seamos, dice S. Juan Crisóstomo, como leones que no respiran mas que fuego y llamas; hagámonos terribles á los demonios, y no pensemos ya en otra cosa que en el amor inmenso que nos testifica Jesucristo en la divina Eucaristía. Nadie, pues, se acerque á esta mesa sagrada con disgusto, con negligencia, con frialdad. Vaya lejos de este banquete sagrado todo falso discípulo, todo profanador, todo el que no esté revestido de la ropa nupcial. La mesa sacrosanta no admite tan indignos convidados: este divino alimento es solo para los discípulos; el mismo Jesucristo, continua el mismo Santo, es el que lo ha dicho: *Yo celebro la Pascua con mis discípulos.* Estos son los que deben alimentarse con la flor del trigo puro y de la miel que se gusta en esta divina mesa. Aquí se da, añade S. Juan Crisóstomo, aquí se da la misma cena que Jesucristo hizo con sus apóstoles la víspera de su pasión; no hay ninguna diferencia, es el mismo Salvador, los mismos manjares, el mismo milagro. Porque no debemos pensar que aquella la haya hecho Jesucristo, y que ésta la haga un puro hombre; el mismo Jesucristo es el que hace las dos.

Como se ha dado ya la esplicacion de la Epístola en el dia de la fiesta, bastará dar en este dia la del Evangelio.

Este no es otra cosa que una esposicion del gran misterio de la Eucaristía. Queriendo Jesucristo disponer los ánimos, á fin de que concibiesen el milagro que queria hacer antes de su muerte de la real transustanciacion del pan y del vino en su carne y en su sangre para que sirviese de alimento y de bebida á nuestras almas, habló muchas veces á sus discípulos de un alimento enteramente divino que queria darles; el cual alimentando

el alma y comunicándola la vida de la gracia, la procuraria tambien la vida bienaventurada por toda la eternidad. Para una maravilla tan estupenda era necesaria esta preparacion de los ánimos; así que el Salvador hizo un discurso bastante largo para disponer aquellos entendimientos todavía tan groseros á creer una verdad tan admirable y tan importante. Ni comenzó á hablarles del misterio de la Eucaristía hasta despues de haber hecho el milagro de la multiplicacion de los cinco panes; con lo cual parece que el Salvador quiso convencerles de su omnipotencia, antes de hablarles de un misterio en el que era absolutamente necesaria esta omnipotencia, y en el que aparecia de un modo tan claro.

Viendo Jesucristo el ansia con que le seguian, dijo á los que estaban junto á él: Vosotros no me buscais atraídos tanto de los milagros que me habeis visto hacer, sino mas bien por los panes que habeis comido. Los panes que yo os he dado os han satisfecho, y los habeis encontrado de un gusto delicioso. Esto es lo que os atrae, esto es todo lo que buscais. Elevad, pues, mas vuestros pensamientos y vuestras esperanzas; desead un alimento mucho mejor, un alimento que hace vivir eternamente. El que lo da, y á quien se lo debeis pedir, es el mismo que os habla; es á un mismo tiempo Hijo de Dios, é Hijo del hombre, el cual hasta ahora nada os ha dicho que su Padre no haya aprobado y como sellado con su sello; de este mismo Padre ha recibido el poder para hacer todos los milagros que habeis visto, y que son señales sensibles de la divinidad, cuya plenitud reside corporalmente en él, y obra todas las maravillas que hace.

Este discurso les dió bien á entender que el pan de que Jesus hablaba no era de la misma especie que el pan comun; y despertó en ellos una ansia tal de comerle, que inmediatamente preguntaron qué era preciso hacer para hacerse dignos de ello. Lo que debeis hacer, respondió entonces el Salvador, es tener una fe viva y entera, y creer en el que el Padre ha enviado. Déjase entender muy bien en estas palabras que el Salvador queria significarles que para llegarse al gran misterio de la Eucaristía de que les hablaba era necesaria una fe perfecta; y su respuesta manifestó bastantemente que la mayor parte de los que le oían no tenían una fe bastante pura, ni una idea adecuada del gran don que queria hacerles; así que inmediatamente replicaron: ¿Qué milagros haces para mostrar tu poder, y obligarnos á creer tu palabra? Si hubiésemos visto alguno que durase largo tiempo, y que hubiera sido útil generalmente á todo el pueblo, tal como fué el del maná del desierto, inmediatamente te hubieras hecho dueño de la adhesión de nues-

tros ánimos; pero ¿qué tienen de extraordinario unos milagros que se obran en un momento, y que á tan pocos aprovechan? Es muy probable que los que hablaban así, no se habían tal vez hallado en el desierto cuando con cinco panes satisfizo á cinco mil personas; y es visible que fueron de los que habiéndole oído hablar en seguida mas positivamente sobre el misterio de la Eucaristia, se retiraron y no volvieron á ser discípulos suyos.

El maná, le dijeron, que nuestros padres han comido, era, segun la relacion de nuestras antiguas Escrituras, un pan que diariamente venia del cielo, el cual fué el alimento ordinario del pueblo en los cuarenta años que permaneció en el desierto, y por el que hemos venido en conocimiento de la santidad y el poder de nuestro ilustre legislador Moisés, y en que además se funda la deferencia que damos á su testimonio, como de un hombre manifestamente enviado de Dios. Este mal razonamiento de los judios causó al Salvador mas bien compasion por su ignorancia, que indignacion por su incredulidad. Dijoles con mucha dulzura, pero con un tono afirmativo y como maestro, que el maná que Moisés habia dado á sus padres no era propiamente el pan del cielo, sino solo su figura: que el verdadero pan del cielo era el que les daba Dios su padre, y que no habia otro que este que hubiese descendido del cielo para dar la vida al mundo. Si así es, le dijeron, si Dios se digna darnos á comer este pan celestial, haz de modo que no carezcamos jamás de él. No esperaba Jesucristo, por decirlo así, mas que esta ocasion para descubrirles el misterio de los misterios. Hablóles de él tan claramente, que es necesario cegarse á sí mismo y llevar hasta el exceso la tenacidad para no creerlo. No tenemos en nuestra religion una verdad de fe que Jesucristo haya explicado con tanta claridad, ni de un modo mas sensible.

Yo soy, les dice, *el verdadero y el solo pan de vida*: el que viene á mi no tendrá mas hambre, y el que cree en mí no tendrá nunca sed. Pero yo soy el que os lo he dicho, vosotros me habeis visto, y sin embargo no creéis. ¡Qué bien cuadra esta reprehension del Salvador á los herejes! Viendo el Hijo de Dios que muchos murmuraban de él, porque habia dicho: Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo, tuvo á bien el explicarles la verdad de este misterio, confirmando en los mismos términos y aun en términos mas claros lo que les habia dicho: *Yo soy el pan de vida*. Si, y un pan muy diferente que el maná, el cual no ha podido jamás librar de la muerte á vuestros padres que comian de él en el desierto, ni ha podido ser para ellos una

prenda de la vida eterna. Solo el pan vivo que ha bajado del cielo es el que da la vida; y yo soy este pan vivo, y os prometo que los que se hicieren dignos de este pan, vivirán para siempre.

Comienza aquí Jesucristo á hablar positivamente de la sunccion real y verdadera de su cuerpo. Son tan espresas las palabras de que se sirve, que los judios, aunque acostumbrados á un estilo figurado y metafórico, no pudieron menos de tomarlas en el sentido propio y literal; y el Salvador, lejos de dulcificar ó de modificar lo que acababa de decir, continua esplicándose en términos todavia mas formales y mas manifiestos. Si, les dice, *el pan que yo os daré es mi propia carne*. Estas palabras tan espresas, tan claras hicieron toda la impresion que debian hacer naturalmente. ¿Como puede ser, se decian unos á otros, que este hombre nos dé á comer su carne? En verdad, si este divino Maestro, cuyas palabras son otros tantos oráculos, no hubiese querido dejar á los fieles mas que una figura de su cuerpo, y no darles mas que el pan comun, ¿hubiera podido ver y oír á sangre fria y sin explicarse la disputa que se suscitó entre sus oyentes y sus discípulos? ¿No era fácil y necesario para sosegar los ánimos conmovidos, decirles que este pan misterioso de que hablaba no debia ser mas que una figura de su propia carne? Mas como aquí se trataba de uno de los puntos principales de la fe y de una verdad importante contra la que debian suscitarse y vomitarse tantos errores en los siglos sucesivos, Jesucristo confirma con términos todavia mas espresivos y mas fuertes lo que habia sentado en orden á este divino misterio. Si, dice el Salvador, disputad cuanto quisiereis, y mirad mi proposicion como una verdad incomprendible: en verdad, en verdad, os lo repito, si no comeis la carne del Hijo del hombre, y no bebeis su sangre, no tendreis la vida en vosotros; y vivid persuadidos que el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna. ¡Qué prueba tan concluyente de la realidad del cuerpo de Jesucristo en el Santísimo Sacramento es esta verdad, tantas veces repetida y espresada en términos tan claros á unas gentes á quienes se les hacia tan dura! Y como si el Salvador no se hubiese aun explicado bastante, añade: *Porque mi carne es, no en figura, sino verdaderamente una comida, y mi sangre es verdaderamente una bebida*. Al oiros hablar así, ó Salvador mio, esclama el sabio intérprete que queda ya citado, no temo pronunciar que si yo estoy engañado, sois vos el que me engaños; el hereje rehusa adoraros bajo de las especies de pan, porque no comprende como podeis estar allí; y ¿comprende mejor como sois

uno en tres personas? ¿os habeis explicado con mas claridad acerca del misterio de la Trinidad, que lo habeis hecho sobre el de la Eucaristía? ¿y queriendo enseñarnos que estais realmente presente bajo de las apariencias de pan y de vino en la Eucaristía, podiais hacerlo de un modo mas preciso, mas espreso, ni en términos mas claros?

Diriase que como si Jesucristo rezelase no haberse explicado bien todavía sobre la realidad de este misterio, á la manera que cuando tememos no haber sido bien entendidos en lo que hemos querido decir, repetimos muchas veces la misma cosa y con espresiones diferentes para hacer comprender mejor el verdadero sentido, así Jesucristo hace lo mismo tocante á la Eucaristía. Yo soy el pan de vida, el pan vivo que ha descendido del cielo. ¿Murmuran los judios contra él, porque ha dicho que él es el pan vivo? Jesus les responde: No murmureis entre vosotros. Sí, yo soy el pan de vida; vuestros padres han comido el maná, y han muerto. Aquí está el pan bajado del cielo, á fin de que si alguno come de él, no muera. Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo; si alguno come de este pan vivirá eternamente. Me expliqué, ¿y vosotros comprendéis mi pensamiento? Este pan celestial de que os hablo, y que yo os daré, es mi carne. Dice el pan celestial que yo os daré, porque no habia instituido todavía el sacramento de la Eucaristía; y aqui explicaba este misterio que no debia instituir hasta la víspera de su muerte. Disputais entre vosotros, les dice el Salvador, cómo puede ser que yo os dé á comer mi carne. Ciertamente que si Jesucristo no hubiese querido hablar mas que de la figura de su carne, este era el lugar en que debia explicar su pensamiento; lo explica en efecto, y del modo mas claro, pero es para no dejar duda alguna sobre la realidad. En verdad, en verdad, responde Jesus (notemos que cuando Jesucristo queria decir alguna cosa que mereciese una atencion particular, ordinariamente lo hacia con estas espresiones: *en verdad, en verdad os digo*): en verdad, en verdad os digo, responde Jesus, si no comeis la carne del Hijo del hombre, ni bebeis su sangre, no tendreis la vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, añade, tiene la vida eterna. *Porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida.* Y como entre todas las maneras de union no conocemos otra mas íntima que la que se hace por el alimento, añade Jesucristo: *El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí, y yo en él: y como yo vivo por mi Padre, del mismo modo el que me come vivirá tambien por mí;* esto es, que así como Jesucristo es uno con

su Padre, por razon de la naturaleza divina, y por su Padre le ha sido comunicada esta vida divina, así tambien, guardando la debida proporcion, él se hace el principio de una vida espiritual y divina en aquellos que se unen á él por la participacion de su cuerpo y de su sangre: *Este es el pan que ha venido del cielo: el que come de este pan vivirá eternamente.*

Enseñaba Jesucristo este misterio en la sinagoga de Cafarnaüm. Muchos de sus discípulos, bien penetrados del sentido de esta verdad, no pudieron resolverse á creerla: tanto les chocaba la realidad del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, que dejaron al Salvador. Este no les llamó, les dejó que se fuesen, contentándose con decir, que sabia bien que entre los que le seguian habia quienes no tenian fe. *Hay algunos de vosotros que no creen,* dijo á sus verdaderos discípulos: *porque,* añade el Evangelista, *siempre habia conocido á los que no creian.* Y dirigiéndose á los apóstoles les dijo: *¿Queréis tambien vosotros marcharos?* lo cual hizo decir á S. Pedro en nombre de todos: *Señor, ¿y á quién iremos? Vos teneis palabras de vida eterna:* como si dijese: no es posible ser salvo ninguno, si no se creen vuestras palabras. Por incomprendible que sea al entendimiento humano el misterio que acabais de enseñarnos, nosotros creemos que nada hay tan cierto como él, puesto que estamos persuadidos que sois el Mesías, el Hijo único de Dios vivo, y que nada os es imposible porque sois omnipotente.

La fiesta que celebramos durante esta octava ha sido instituida en honor del cuerpo de Jesucristo. Era justo que este cuerpo adorable, unido sustancialmente á la divinidad, que habia sido tan maltratado en la tierra, recibiese, en fin, el honor y el culto que le era debido. Esta es sin duda una de las razones que movieron al Hijo de Dios á instituir este adorable misterio. El honor que el Verbo habia hecho á la carne contrayendo con ella una alianza tan estrecha en su encarnacion, por la cual el Verbo se ha hecho carne, pedia que esta carne unida al Verbo fuese honrada y adorada sobre la tierra; y las humillaciones extremas á que habia sido reducido en su pasion y durante su vida mortal exigian que fuese el objeto del culto religioso mas perfecto en el mundo cristiano; y para satisfacer á este doble deber, se hace hoy la ceremonia de llevar con pompa el cuerpo del Hijo de Dios: 1.º En memoria de haberse llevado el Señor á sí mismo, cuando distribuyó á sus apóstoles su carne y su sangre en su última cena, dice uno de los mas célebres oradores cristianos. 2.º En accion de gracias por haber ido él mismo en otro tiempo recor-

riendo las ciudades y las aldeas. 3.º Para ofrecerle una reparación auténtica por los oprobios que sufrió en las calles de Jerusalén cuando fué conducido de tribunal en tribunal. 4.º Para tributarle el honor que le es debido por las victorias que ha conseguido sobre la herejía en el sacramento adorable de su cuerpo. Para darle, en fin, como una pública satisfacción por tantas sacrilegas profanaciones, tantas irreverencias y faltas de respeto, tantos ultrajes como ha recibido y recibe aun todos los dias en la Eucaristía. ¿Cuál, pues, debe haber sido en esta octava, y sobre todo en este último dia, la ocupacion de un alma fiel, conformándose, como debe hacerlo, con el espíritu y los sentimientos de la Iglesia, á fin de honrar con ella la carne adorable del Redentor?

La oracion de la misa de este dia es como sigue :

Deus, qui nobis sub Sacramento mirabili Passionis tuæ memoriam reliquisti : tribue, quæsumus, ita nos Corporis et Sanguinis tui sacra mysteria venerari, ut redemptionis tuæ fructum in nobis jugiter sentiamus. Qui vivis et regnas...

O Dios, que habeis dejado la memoria de vuestra Pasion en un misterio tan admirable: concedednos la gracia de que de tal modo reverenciamos los sagrados misterios de vuestro Cuerpo y de vuestra Sangre, que sintamos continuamente en nuestras almas el fruto de la redencion que nos habeis merecido. Vos que vivís y reináis, etc.

La Epístola está tomada de la primera de S. Pablo á los Corintios, cap. 11.

Fratres : Ego enim accepi à Domino, quod et tradidi vobis, quoniam Dominus Jesus in qua nocte tradebatur, accepit panem, et gratias agens, fregit, et dixit : Accipite, et manducate : hoc est corpus meum, quod pro vobis tradetur : hoc facite in meam commemorationem. Similiter et calicem, postquam cœnavit, dicens : Hic calix no-

Hermanos míos: Yo he aprendido del Señor lo que os he enseñado : que el Señor Jesus en la misma noche en que iba á ser entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed, esto es mi cuerpo, el cual será entregado por vosotros; haced esto en memoria de mí. Del mismo modo, despues de haber cenado, to-

vum testamentum est in meo sanguine : hoc facite, quotiescumque bibetis, in meam commemorationem. Quotiescumque enim manducabitis panem hunc, et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis donec veniat. Itaque quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indignè, reus erit corporis et sanguinis Domini. Probet autem seipsum homo : et sic de pane illo edat, et de calice bibat. Qui enim manducat, et bibit indignè, judicium sibi manducat, et bibit : non dijudicans corpus Domini.

mó el cáliz y dijo : Este cáliz es el Testamento nuevo por mi sangre. Haced esto en memoria de mí todas las veces que bebiereis de él. Porque todas las veces que comiereis de este pan, y bebiereis de este cáliz, anunciareis la muerte del Señor, hasta que él venga. Cualquiera, pues, que comiere de este pan, ó bebiere de este cáliz indignamente, será reo de crimen contra el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Así que, examínese el hombre á fondo á sí mismo, y hecho esto coma de este pan, y beba de este cáliz; porque el que come y bebe indignamente de él, come y bebe su condenacion por no discernir el cuerpo del Señor.

« Refiere S. Pablo en este undécimo capítulo de su primera carta á los corintios la institucion que Jesucristo hizo del sacramento de la Eucaristía, y el crimen y el castigo de los que se acercan indignamente á ella. El pormenor á que, á ejemplo de los evangelistas, descendiende en todas las circunstancias, hasta para confundir la impiedad de los herejes que se han rebelado contra una de las verdades de fe mejor establecida, mas claramente esplicada y la mas notable de todas las verdades de nuestra religion. »

REFLEXIONES.

Haced esto en memoria de mí. Si antes de la venida del Salvador del mundo, cuando el Señor no se presentaba sino entre el fuego y los relámpagos, ni hablaba sino con la voz del trueno; en aquellos dias de rigor en que Dios exigia un culto tan respetuoso, y en que castigaba con tanta severidad las mas pequeñas faltas que se cometian contra el respeto que se le debia; si en aquel tiempo, repito, se hubiese previsto por un espíritu profético lo que nosotros hemos visto despues; si los israelitas, dice un gran siervo de Dios, hubiesen comprendido bien el sentido

de tantas figuras, como el sacrificio de Melquisedec, el maná, los panes de la proposición, el pan de Gedeon y el de Elias; si se les hubiese dicho que este Dios tan terrible entonces, se abatiría hasta venir á nuestros altares, que su amor le llevaría hasta darse á comer todo entero bajo de las apariencias de pan, haciéndose nuestro sustento; si se les hubiese dicho que se dejaría encerrar día y noche en nuestros tabernáculos, y esponer á las irreverencias y á los ultrajes de sus siervos, ¿lo hubieran creído? sin embargo, ha llegado á verificarse lo que les hubiera parecido aun mas increíble, y que lo es en efecto á la razón natural: ¿hubieran podido jamás creer que abatiéndose de este modo, dándose, prodigándose así un Dios á los hombres, no hubiese reportado de ellos otra cosa que la indiferencia? ¿que estos hombres no se dignarian hacerle la corte; que hasta llegarían á olvidarle y maltratarle; y que un Dios convertido en su alimento seria recibido con disgusto? Confesemos que esta indiferencia, este disgusto en los cristianos es tan incomprensible como el mismo misterio de la Eucaristía. Apenas puede darse otra razón de un hecho tan poco verosímil y tan verdadero sin embargo, que atribuyéndolo á falta de fe, y que la fe de este misterio está cuasi estinguida en la mayor parte de los fieles. Pero ¿compréndense las consecuencias de esta verdad? No creer la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento es ser hereje; creerla, y mirar á Jesucristo en este divino Sacramento con indiferencia; con tedio, con poco respeto, y alejarse de él, es impiedad, es irreligion. No hay temperamento, no hay medio entre estas dos verdades. Creer que Jesucristo está realmente presente en nuestros altares, y no pensar en él ni dignarse visitarle, no tener ningun conato, ninguna hambre de un alimento tan exquisito, de este pan vivo que es la fuente de la vida eterna; ¿no es irreligion? No choca tanto este desórden porque se ha hecho comun, pero no por eso es menos criminal; y esta irreligion de que apenas hay ya quien se avergüence ¿no es la causa de todos los azotes que la cólera de un Dios justamente irritado descarga sobre todo su pueblo? Que los paganos hayan profanado nuestros templos y despreciado los mas sagrados misterios, deben sí hacernos gemir los ultrajes que en esto se han hecho al Señor; pero aquí no es tan estraña la abominacion de la desolacion: que los herejes, estos discípulos traidores y apóstatas, esta raza de víboras vomiten las mas horribles blasfemias contra Jesucristo, y que no cesen de gritar, *quítalo, quítalo, crucifícalo*, su rabia y su furor diabólico deben sí escitar nuestras lágrimas y nuestra indignación; pero ¿qué puede esperarse de unos enemi-

gos los mas furiosos del Salvador; y de quienes se sirve el infierno para ultrajar á Jesucristo en la Eucaristía? Mas lo que es tan estraño como impío, es la manera indigna con que es tratado Jesucristo en nuestros altares por sus propios hijos, por los que se llaman fieles. Yo no sé si tenemos algo en la Iglesia mas admirable ni mas chocante.

El Evangelio de la misa es tomado del cap 6 del que escribió S. Juan.

In illo tempore: Dixit Jesus turbis Judæorum: Caro mea verè est cibus: et sanguis meus verè est potus. Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet; et ego in illo. Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem: et qui manducat me, et ipse vivet propter me. Hic est panis, qui de cælo descendit. Non sicut manducaverunt patres vestri manna, et mortui sunt. Qui manducat hunc panem, vivet in æternum.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas de los judíos: Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y como yo vivo por el Padre, del mismo modo el que me come vive tambien por mí. Este es el pan que ha venido del cielo. No como el maná que han comido vuestros padres, y han muerto. El que come de este pan vivirá eternamente.

MEDITACION.

De nuestra ingratitude con Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

PUNTO PRIMERO. — Considera cuan imposible es al entendimiento humano el comprender el exceso del amor inmenso, infinito, incomprensible que Jesucristo nos testifica en la divina Eucaristía. Es este un misterio, y un misterio en que un Dios se agota, por decirlo así, para probarnos su amor por sus liberdades. Yo lo confieso, ó Dios mio, yo me pasmo, me sobrecojo cuando pienso en esta maravilla; yo no puedo volver en mí de mi asombro cuando considero todo lo que haceis aquí por nuestro amor. Pero ¿no tengo motivo para asombrarme, y para sobrecojermé mas, cuando considero que todo esto no es capaz de ha-